

nóvación religiosa. El Cristianismo se había convertido antes de él, por necesidad de los humanos progresos, en una doctrina de autoridad indispensable para cumplir estos dos misterios capitales en la transición delorosisima del mundo antiguo al mundo moderno; para sustituir con algún principio de unidad moral y religiosa la unidad material y política perdida por Roma, y para domar con una verdadera disciplina la inteligencia inculta y la voluntad indómita de los bárbaros. Esta doctrina, que desde el siglo primero al siglo quinto apareció como una doctrina popular, se trueca desde el siglo quinto al siglo décimotercio, en una doctrina de autoridad y de dominación. Los Papas no habían podido hacer otra cosa, en la necesidad de bautizar á los germanos y de someter su terrible anarquía; y desde Gregorio Magno á Gregorio VII, y desde Gregorio VII á Inocencio III, fulminan sus rayos contra todas las rebeliones del individualismo político y religioso, á fin de rehaer la indispensable autoridad social en las trombas de aquel caos. El primero á reanudar la tradición evangélica resulta en los juicios definitivos y en las liquidaciones completas de la Historia, el pobre San Francisco. Diríase al verlo, que ha salido de las catatumbas; que ha orado en las tinieblas eternas de aquellos enterramientos; que ha visto flamear sobre su cabeza, como sangrientos cometas, las espadas y cetros de los poderosos, y á sus pies, como un infierno, las hogueras destinadas á los mártires. Para sus penitencias busca cual todos los primitivos apóstoles, el desierto; para sus cánticos y oraciones, el acompañamiento de las avejillas del aire; para su incensario y su incienso el aroma de las flores del bosque; para la predicación de su doctrina, el pobre y el mendigo como Jesús; porque quiere llorar con los que lloran, padecer con los que padecen, morir por los oprimidos y por los débiles.

La idea democrática del Evangelio renace al soplo de las ideas franciscanas en toda su pristina pureza. Oyese al eco de la voz del Santo, en coro sublime sobre un mundo todo él de autoridad, de fuerza, de guerra, donde la espada es el primer derecho y la victoria es la única razón, sonar los eternos temas del sermón de la montaña; beatos los humildes, los míseros, los desgraciados, los ignorantes, los injustamente perseguidos, porque de todos ellos será el reino de los cielos. Hace bien San Francisco, pues allí está la esencia y la substancia del cristianismo, entonces olvidado por las bárbaras instituciones sociales y las tristes sutilezas escolásticas. Cual se han impreso las cinco llagas de Cristo en su cuerpo, se han impreso las ideas de Cristo en la conciencia y en el alma de Francisco. El pueblo de Cristo es un pueblo de siervos; su familia una familia destronada; su padre un carpintero; su cuna un puebre; sus primeros devotos los pastores; sus primeros enemigos, los fariseos; sus discípulos, pobres jornaleros; sus perseguidores un Rey como Herodes, un sacerdote como Caifás, un juez como Pilatos: su templo, un desierto lleno de ideas y no la Sinagoga teocrática llena de sombras: su felicidad el anunciar los consuelos eternos al afligido, y la redención y la libertad al opreso; su doctrina la igualdad; su vida un com-

bate con las supersticiones y con los privilegios; su muerte un holocausto divino por la salvación de todos los desheredados y un anatema inapelable á la soberbia y á la crueldad de todos los tiranos. Los tiempos feudales de Francisco se parecen á los tiempos cesáreos de Jesús. Un Papa con tres coronas en su tiara; un Emperador con espada en mano; la soberanía puesta en la propiedad, el patíbulo alzado á la entrada del puente levadizo y á la entrada del castillo señorial, como una horrible amenaza contra todos los plebeyos; bandadas armadas en busca de feudos ganados en continuas guerras seguidas de merodeo continuo; la jurisdicción y la justicia en tradiciones y costumbres no escritas ó en cartas plagadas de monstruosos privilegios; las ciudades mismas en competencias sangrientas; aquel mundo todo constituido por tan bárbaro sistema, pedía la palabra inspirada y divina de un religioso, que por campos, calles, plazas, predicase cómo la perfección cristiana se halla en la humildad, en la desgracia, en la miseria, entre los siervos, entre los desheredados, entre los mendigos, á fin de que las castas caigan, la igualdad avance y los malditos por el horror de aquellos tiempos y por la barbarie de aquellas instituciones entren á una en los claustros y se alcen y eleven á la cabeza de todos los ciudadanos, en nombre de la religión, estableciendo allí por medio de las órdenes monásticas, tan apartadas del mundo, tan desceñidas de la realidad, tan ajenas á todo movimiento político, entre ayunos y maceraciones, en vías providenciales y misteriosas, una sólida y consciente democracia, destinada en los designios del cielo y en las series del progreso á dar de sí una libre y progresiva sociedad. Si la Iglesia hubiera seguido el impulso dado por San Francisco á su pensamiento y á su vida, no sobreviene la revolución religiosa del siglo décimo sexto y no se rompe la unidad católica de la Europa germano-romana tal como estaba constituida desde el cisma de Oriente. Los sucesos pasados tras la predicación franciscana prueban cómo condenó el Santo en su personalidad histórica una gran suma de ideas vivas. Dentro del clero, en los senos de la más pura ortodoxia, pensadores elevadísimos creyeron que sonaba la hora oportuna de organizar el espíritu evangélico en su forma natural y convertir el mundo eclesiástico en una República cristiana, recogiendo así las nuevas expansiones de la humanidad transfundida por el calor que nacía de su propio movimiento y derogando la constitución pagana y el absolutismo pontificio impuestos por las tradiciones seculares que asumía en sí la imperial é idolátrica Roma. El esfuerzo de Gersón, los grandes concilios de Constanza y Basilea, la unión de la Iglesia griega y de la Iglesia latina en Florencia, la sublime obra de Savonarola, responden á esa necesidad del espíritu y pugnan por esta renovación del Cristianismo. Puede asegurarse que San Francisco es el sentimiento y la fantasía, despertándose como facultades que forjan las instituciones cuasi proféticas; Gersón la razón reflexiva y profundísima que formula con claridad el universal anhelo en pensamientos concretos; Savonarola y los suyos la voluntad resuelta, que lleva el nuevo ideal á las realidades impuras de la vida y lo defiende con heroísmo hasta morir

por su causa en el martirio, pues así como los puntos matemáticos se confunden todos en una línea, las moléculas luminosas en un destello, las chispas eléctricas en un rayo, estas grandes almas se confunden todas en el movimiento de renovación religiosa, el cual, desde los últimos días del siglo décimo tercio hasta los últimos días del siglo décimo-quinto, se dilata y á cuyo malogro y rota resultaron, para desgracia de todos y por culpa de una loca resistencia, la revolución luterana, de rompimiento y de protesta, con las guerras religiosas y sus apocalípticos exterminios. El que tanta obra se frustrara y el castigo viniera, nada quita ciertamente al glorioso nombre de los que la intentaron, resueltos y con fe: que no ha de ser en la honrada y verdadera Historia el honor siempre para el triunfo.

Pero la conciencia universal no confunde jamás las obras de progreso con las obras de reacción, jamás. Ahí tenéis á Loyola. Pocos hombres tan grandes. La energía de su voluntad corre parejas con la profundidad de su inteligencia. Ningún general organizó un ejército como él organizara la militar compañía. Su vida real, aun contada por los mayores enemigos suyos, resulta un libro caballeresco. Su infancia en las montañas de Guipúzcoa; su presencia en la corte de los Reyes Católicos; su combate homérico en el castillo de Pamplona; su valor heroico en los tercios imperiales; el sufrimiento en la enfermedad terrible que decidió de su vocación religiosa; la huida del hogar solariego sin recursos; la llegada increíble á Monserrat en alas de su fe; la vela de armas en el monasterio que reproduce las prácticas de Amadis y de Gaiferos; los ejercicios espirituales en Manresa cuya eficacia convierte la voluntad y la idea en movimientos automáticos; sus predicaciones y penitencias en Barcelona maravillada; el viaje á Venecia, herida de la peste; la peregrinación á Jerusalén cuando Solimán aterraba el corazón de nuestra Europa y Dragut infestaba con sus piratas el Mediterráneo; los vastos pensamientos de reconquistar por sí solo el Santo Sepulcro; los desafíos al mahometismo hallándose bajo su alfanje; la resolución de estudiar desde las primeras letras hasta la Suma Teología á los treinta y tres años; la paciencia invencible ante la Inquisición de Toledo y Salamanca; el esfuerzo empleado para organizar una Orden la cual imperaba en las viviendas de los reyes y en las tribus de los salvajes desde la primera década de su fundación; todas estas maravillas no han logrado ceñir á las sienas de San Ignacio la esplendente aureola cedida por el mundo á las sienas de San Francisco, porque los mayores empeños resultan tristes, baldíos, inútiles, si en vez de romper la cadena que pesa con tanta pesadumbre sobre la cerviz del humano linaje, la remachan, y endurecen sus maldecidos eslabones. Por consiguiente, la Europa liberal y moderna que no celebraría de ningún modo el centenario de San Ignacio de Loyola, celebrará cada cien años el centenario de San Francisco de Asís. El sublime penitente que, al resplandor de la luna en callada noche y al borde tranquilo de los lagos argentados cantaba en porfía y competencia con los ruiseñores de Mayo, las alabanzas al Criador, bien merece un himno de los poetas del siglo décimo-nono. Como las alondras del cielo revolotean

tearon á una en torno de su cadáver frío, las ideas de nuestro tiempo deben revolotear en torno de su sepulcro gloriosísimo. Si otro mérito no tuviera tanto monumento, tendría el artístico y literario de haber fijado en sus sacras paredes las pinturas giotistas y haber fluido de sus ciclópeas piedras la poesía dantesca. Los templos sobrepuestos, de los cuales uno se pierde como la semilla y las raíces en lo profundo, y otro vuela como las oraciones y los arpegios y el incienso en las alturas, corresponden á los tres términos del raciocinio, á las tres fases del tiempo, á los tres mundos de la eternidad, á las tres personas de Dios. Al pasar de uno á otro y ver los cuadros que han traído allí tantas figuras angélicas, medís con el pensamiento y agradecéis con el corazón los esfuerzos titánicos empleados por los artistas sublimes en romper el cendal bizantino de la pintura cristiana y renovarla y rehacerla en los senos de la naturaleza viva para que no pareciese muerta como en los frescos de las Catacumbas ó rígida como en la liturgia de los mosaistas. Al mismo tiempo que veis las oraciones revoloteando en las espirales del incienso; al mismo tiempo que oís el Ave María cayendo de las altas torres del monasterio; al mismo tiempo que adoráis los santos consagrados por la fe tradicional en sus altares litúrgicos; sentís, cómo todas aquellas líneas y colores, todas aquellas reverberaciones de luz, todos los esplendentes iris despedidos por los pintados vidrios, todas las estrellas sembradas en las azules bóvedas, todas las figuras místicas y piadosas con alas blancas y aureolas áureas y palmas verdes y ojos extáticos, representan la expansión del humano linaje en su crecimiento, aspirando indeliberadamente á la libertad; y para merecerla y alcanzarla, poniendo entre las sombras del mundo y las claridades del cielo todo un Universo de maravillosas ideas por las cuales ha llegado nuestro espíritu á su plenitud y nuestra sociedad á su derecho.

Tan difícil como averiguar dónde ha ido la primera lágrima llorada por nuestros ojos, ó el primer suspiro lanzado por nuestro pecho, es averiguar cómo surge una idea nueva en la conciencia, y cómo pasa de la conciencia á los labios, y cómo se difunde á su vez de los labios á los oídos ajenos, y cómo entra en las almas, y cómo funda sectas y hasta Iglesias, y cómo se cuaja en materia social y se cristaliza en organizaciones políticas; pero en el convento de Asís, al resplandor de la luz etérea, filtrada por los vidrios multicolores; al canto elevado por el coro y que semeja el aleteo de las almas; al rumor del paso de los peregrinos sobre los pavimentos de mármol; entre aquellos santos y ángeles que se destacan de las paredes como ideas; junto á las estatuas tendidas sobre las tumbas que os hablan de la eternidad con sus fríos labios; creéis hallaros delante de una de esas rocas misteriosas donde terminan los terrenos primitivos y comienzan los terrenos secundarios y terciarios del planeta, porque os halláis delante del monumento sublime donde se transformaron los siglos feudales y nació el espíritu moderno en virtud de la palabra y de la pasión de un penitente á quien llamarán con justicia todas las generaciones el Cristo de la Edad Media. Los grandes méritos de San Francisco y su glorioso renombre consisten hoy

en el presentimiento que tuvo el místico de la renovación religiosa. Cuando se hallaba la Europa católica bajo el yugo intelectual de la teología, y bajo el yugo político de la feudalidad, él comprendió cómo había menester la conciencia humana un rocío de nuevas ideas, y la humana sociedad un rejuvenecimiento universal. El Cristianismo franciscano quedaba en el fondo idéntico al Cristianismo tradicional; pero se abría su seno á nuevo espíritu y este nuevo espíritu á celestial revelación. En el ánimo de tan tierno poeta, parecido á los ebionitas del desierto y á los apóstoles y evangelizantes de la buena nueva, el Cristianismo no cambiaba el fundamento de sus dogmas, ni la esencia de sus ideas como religión del espíritu, que admite la existencia de un solo Dios relacionado con el mundo por las leyes de su Providencia, y con el espíritu por las ideas de su revelación. Es más, el Cristianismo para él no debía salir ni podía salir del seno de la Iglesia católica, su providencial y previligiada depositaria. Pero el amor, la libertad, el sentido democrático, la mansedumbre, la humildad, la pobreza, la misericordia, la caridad, en su concepto, debían predominar sobre todas las demás categorías cristianas, sobre la autoridad, sobre la tradición, sobre la fuerza, sobre la espada y la corona de los Papas, constituidos en reyes como los Baltasares antiguos. San Francisco, sin decir claramente sus ideales, como cumple á un taumaturgo misterioso y á un profeta destinado por el cielo á provocar interpretaciones varias de su fundamentales palabras, estaba llamado en los misteriosos designios del cielo á recordar la sustancia social contenida en los senos del Cristianismo, y á poner en armonía el dogma que consolara por sus verdades á los débiles y redimiera á los oprimidos con la democracia que llamaba fuertemente á las puertas de los castillos feudales para disputarles sus privilegios y organizarse formidable, inspirada, vívida, en las comunidades y en las cortes. Hasta San Francisco se había buscado en el Cristianismo antes la parte hierática y teológica que la parte política y moral. La sublime personalidad del santo volvió á revelar al mundo cómo puede un hombre solo cambiar el sentido social, cuando personifica vivamente una idea y condensa en su persona ese espíritu universal, que tanto tiene de divino. Como Cristo de Nazaret rompió el sentido estrecho de la Sinagoga mosaica sin renegar de sus verdades y de sus libros, Francisco de Asís rompió el sentido de la Iglesia cristiana sin renegar de sus verdades y de sus libros. Así como Cristo concibió la unidad del espíritu humano, reuniendo en su persona el Dios de los semitas y el Verbo de los jafetas, Francisco reunió en su persona todas las clases sociales tan apartadas por las barreras del feudalismo, como apartadas habían estado entre sí las razas antiguas por las contradicciones de la religión. Después de todo, la democracia cristiana se contenía como en su germen y en su semilla en la idea del penitente de Asís. Y no puede dudarse que, si por la metafísica, el Cristianismo es la religión que compenetra el espíritu humano con el espíritu divino, por la moral es el cristianismo la religión que funda la igualdad. Cristo es el Dios de todos los hombres en general; pero en particular, Cristo es

el Dios de los esclavos. El mesianismo había nacido bajo los sauces de Babilonia en el cautiverio cantado por unos profetas, que si llevaban el arpa divina en las manos, también llevaban el hierro de los esclavos al pie. En los tiempos cristianos, la Biblia, comenzada por los cautivos del Egipto, á las orillas del Nilo, se concluía con los libros de los tribunos recluidos en el desierto y de los guerreros alzados en armas que recurrían á los esfuerzos de su palabra y de sus brazos para recabar la redención de Judá. Cristo nació en una raza de siervos; su sangre fué sangre de una dinastía destronada y proscrita; su cuna un pobre pesebre, donde los ángeles del cielo y los animales del campo le ocultaban á las insidias de los tiranos; su infancia, la persecución y la fuga hacia el Egipto; su doctrina, el ideal de la libertad y de la igualdad; su muerte, la cruz, ese patíbulo del esclavo. Por consecuencia, cuando Francisco de Asís levantó al cielo sus brazos para pedir la renovación del Evangelio y para clamar por los oprimidos y por los débiles, consumó relativa y proporcionalmente una revolución en la Edad Moderna, tal como la revolución que consumara en la Edad Antigua el Cristianismo.

Cuando se penetra en el monasterio de Asís, y se visitan sus tres sobrepuestas iglesias, cree uno, pasando desde las subterráneas á las superiores, pasar desde las catacumbas á las victorias cristianas, y desde el sepulcro de Cristo á su Tabor. En efecto, de aquella iglesia cortesana del Oriente y de aquella iglesia episcopal del Occidente, pasamos en tiempo de San Francisco á la religión del progreso, que no se contenta con las verdades allegadas y con los Evangelios ya escritos, no: esperando el advenimiento del espíritu divino y una revelación parecida de suyo á la revelación del Sinaí, la primera entre las revelaciones divinas, y del Calvario, la segunda, cree que llamas vívidas iluminarán la frente de los humanos, y en esas llamas vívidas irán contenidas muchas y muy vivificadoras ideas. De tal impulso, en que la conciencia humana se aclara y abriga, recibiendo un soplo del espíritu divino, hay que derivar el germen de las artes plásticas, preparatorias del Renacimiento, y el espíritu de los concilios conjurados para democratizar á la Iglesia. Estas grandes Asambleas donde la universalidad de los frailes se hallaba representada por los obispos, tomando la forma parlamentaria, como se quiso en Basilea y en Constanza, ó uniéndose á la Iglesia griega como se quiso en Ferrara y en Florencia, hubiera impedido quizá que la Iglesia imperial de Constantinopla diera en el mahometismo y la Iglesia pontificia de Roma diera en el jesuetismo, doctrinas ambas de todo en todo contrarias á la verdadera libertad. Cuando la imagen de San Francisco se disolvió y las esperanzas de los franciscanos pasaron; cuando los Concilios de Basilea y de Constanza se disolvieron ambos sin dejar ningún rastro en la Iglesia; cuando la voz de Savonarola, que si bien dominico, debía llamarse por las tendencias de su espíritu el postrer franciscano, aquella voz profética se ahogó y extingió en las llamas de las hogueras; cuando vino el desfallecimiento universal por el universal desengaño, no quedó más remedio que refu-